

EL CAPITALISMO

Su verdadero concepto

por el Académico de número Excmo. Sr. D. Baldomero Argente del Castillo.

I

Preliminar.

1. ¿Cuál es el verdadero significado de la palabra «capitalismo»? No se discute que nos referimos con ella a un cierto modo de ser la Sociedad civil y política (la Sociedad, por antonomasia); o bien del fruto de la existencia y vida de ésta, fin que persigue, la Civilización. Así, decimos «Sociedad capitalista» o «Civilización capitalista», fórmulas equivalentes a la más sintética: «Capitalismo», a secas. Civilización capitalista fué la romana, en sus últimos siglos: Civilización capitalista, aunque más amplia y elevada, esta en que vivimos, llamada occidental.

¿Debe ser ensalzada, por buena? ¿Debe ser vituperada, por mala? ¿Es plausible cuanto contiene? ¿Es reprobable cuanto implica? La realidad es que, como acontece con todas las realidades, contiene parte de bueno y parte de malo; la amalgama de esas partes en el conjunto deja perplejas muchas conciencias y embaraza el juicio de quienes, ante los fenómenos que contemplan, aspiran a la imparcialidad para ser justos.

En la práctica, esa imparcialidad, lindante con la indiferencia, es casi imposible. La Sociedad es el medio en que nos des-

envolvemos, y sus bienes y males nos tocan muy de cerca, demasiado para permanecer impasibles. Si escuchamos atentos, oiremos las voces y juicios más discordes acerca de él, según a cada cual afecten aquellos bienes y males. Las opiniones se polarizan en los dos extremos y contienden fieramente. Frente a quienes lo ensalzan, se yerguen quienes lo condenan, con igual ahinco.

Para unos es el artífice de todas las grandezas y esplendores de nuestra actual civilización; el creador de ésta; la condición indispensable de su progreso; sus méritos les mueven no sólo a la férvida alabanza como fórmula social del pasado, sino a su íntegra conservación y defensa como la mejor posible para el presente, preñada de promesas para lo porvenir.

Para otros, el capitalismo es responsable de todas las abominaciones, injusticias, dolores y miserias que atormentan y deshonran nuestra civilización, en el momento actual. Esta fórmula de organización social está emponzoñada por letales injusticias desde su raíz. La radical maldad de sus premisas conduce lógicamente y, por tanto, necesariamente, a la descomposición social, preludio del dramático derrumbamiento a que asistimos, y en el que las actuales generaciones son al propio tiempo espectadores, actores y víctimas. Los sucesos parciales que ocupan hoy la escena en el gran teatro del mundo—y no sólo en el occidental—son, según ellos, episodios e incidentes de tal derrumbamiento. Aun los más gigantescos. Las dos últimas grandes guerras fueron actos de ese titánico drama. Y el desorden y confusión que les ha sucedido es la caliginosa polvareda originada por las fases sucesivas de tan ciclópeo desmoronamiento. No se derrumba todo un orden social de innegable grandeza sin desesperadas convulsiones y formidable estruendo.

No es posible negar a cada bando una parte de razón en sus respectivas alegaciones. Ciertamente que el capitalismo ha dado a la civilización moderna base más ancha que ninguna de sus predecesoras tuvo, confinante casi con las extremas fronteras del planeta; y la ha elevado a cimas que ninguna de las civilizaciones extinguidas o aletargadas vislumbró siquiera. Aunque no por eso ofrece mayor solidez; al contrario, ninguna más vulnerable, al poner en manos de las ciegas pasiones de los hombres

fuerzas destructoras decisivas. Y cierto también que, junto a esas grandezas y esplendores, presenta úlceras y lacras repulsivas, injusticias odiosas, contrastes vergonzosos, contraposiciones que ninguna recta conciencia puede aprobar, miserias que sublevan los ánimos y encienden luchas y odios susceptibles de precipitar a las muchedumbres en desesperadas acciones, y mover al empleo de los vitandos instrumentos de destrucción universal.

2. Los defensores del capitalismo se alistan en dos banderas. Unos aspiran a que subsista tal como prevaleció hasta fines del siglo XIX, fecha en que, por haber llegado a su culmen, comenzó a desmoronarse. Para ello, reafirman sus fundamentos y propugnan la restauración de sus desmedros. Son los recalcitrantes; los que cierran los ojos ante la mudanza de condiciones reales, que sustraen a ciertos principios teóricos la indispensable congruencia con la estructura económico-social, congruencia sin la cual es imposible la aplicación de aquéllos. Son gentes enquistadas en sus viejas concepciones, a quienes nada dice la caducidad de los regímenes políticos anteriores y el desplome casi simultáneo de los llamados Estados democráticos y liberales que, a pesar de sus apelativos y de sus apariencias, nunca lo fueron en realidad.

Otros, más comprensivos, descuentan la imposibilidad de que los tiempos desanden su camino. Saben que los ríos no vuelven atrás. El fluir de los años modifica las realidades y crea nuevas condiciones. La inteligencia humana da testimonio de su existencia mediante la adaptación de las fórmulas vitales a esas nuevas condiciones, tanto en lo individual como en lo social. Proclaman lo bueno del capitalismo, que consideran esencial; pero reconocen lo malo, estimándolo secundario y accidental. Por eso aspiran a conservar lo primero, y a lenificar lo segundo, ya que, a su juicio, no es posible suprimirlo, por creerlo adscrito a la naturaleza humana. Procuran modificar las leyes para corregir las más hirientes injusticias y suavizar los más extensos y agudos dolores de las masas desheredadas, cuyos rebelados sentimientos y fuerza numérica constituyen la mayor amenaza y el máximo peligro para la organización social

claudicante. Explican la ineficacia de los conatos de reforma en los tiempos pasados por su timidez, y confían en el fruto de tales métodos aplicados con mayor extensión. Pero mantienen los fundamentos del capitalismo.

Frente a este régimen, en trance de crisis mortal, se ofrece una sola alternativa, el comunismo, conclusión lógica de todo auténtico socialismo. A esta conclusión arriban unos por la reflexión, otros por instinto. Las dos corrientes confluyen: una de intelectuales, otra de muchedumbres proletarias. Ambas adolecen del mismo vicio: desconocer nuestra naturaleza común. Cuantos aman la igual libertad de los hombres, supremo bien al cual se sacrifica, si es necesario, no sólo los bienes materiales sino la vida misma, rechazan el comunismo, que los sujeta a esclavitud y, por ende, los degrada y envilece.

3. ¿No habrá otra alternativa? ¿No será posible otra fórmula de organización social que, conservando cuanto de bueno hay en el capitalismo, elimine de él los elementos nocivos que lo inficionan y desvían nuestra civilización de su cauce natural, conduciéndolo a los resultados aflictivos que experimentamos actualmente? Los males a que nos lleva el progreso humano son paradójicos. La Civilización es el mejor medio que la Sociedad puede darnos para conseguir el bien común, que todos anhelamos, meta de la Humanidad en general, para cuya más fácil consecución es constituida aquélla. Ese bien común se compone de tres bienes específicos: paz, riqueza y salud, en sus diversas clases. La paz es esencial; sin paz no son posibles la riqueza y la salud. Nuestra civilización debiera conducirnos en primer término a la paz; pero nos conduce a la guerra, interior y exterior, social e internacional. Sumidos en ella vivimos. ¿No revela esto que la civilización ha torcido su camino? ¿Será imposible rectificarlo? ¿Estará negado al entendimiento humano y al sentido común, que es el racional, el buen sentido, encontrar el camino recto?

Evidentemente, no. Está en las posibilidades de la mente humana, guiado por la razón, seguir lógicamente la vía derecha hacia el bien, y señalar los puntos en que nuestra civili-

zación tuerce su ruta, y los cruces ó bivios donde yerra al proseguir su marcha. Sólo así podremos rectificarla. Descubrir esos errores y desviaciones es el cometido principal de quienes se preocupen del gran problema de nuestro tiempo. E intentarlo, siquiera sea aportando a ello inconexas observaciones y fragmentarias notas, es su imperioso deber. Un conato, insuficiente y precario, de acometer tal empeño, son estos párrafos, valederos simplemente como un testimonio de buena voluntad.

II

Problemática.

4. Para el mejor logro de tan difícil empresa es necesario proceder lógicamente al análisis del capitalismo, abstrayéndolo de la realidad, para ofrecerlo a la propia consideración en toda su pureza teórica. Y en primer término, fijar su concepto con exactitud. Mantenido la indefinición de este concepto, y la vaguedad de su contenido, todos los razonamientos a él relativos quedarán aquejados de confusión, suficiente para contaminar y envolver en nuevas confusiones los problemas en él contenidos.

Determinado exactamente su concepto, será posible, en cambio, el examen de su problemática. Esta no puede ser arbitrariamente fijada. No pueden ser señalados como problemas del capitalismo los que el arbitrio sugiera a cada cual, o le ofrezcan como tales sus preocupaciones o preferencias. La problemática de un tema no es obra casuística ni arbitraria; la determina la ley natural del entendimiento, la lógica; ley que prescribe el número y el orden en que esos problemas aparecen, que es también el orden natural, o sea el racional, por ser éste el verdadero carácter de nuestra naturaleza, la nota distintiva de nuestra especie, la última diferencia que separa al hombre común de las demás especies contenidas en el género animal.

La arbitrariedad y el desorden en la formulación de los problemas referentes al capitalismo y, por tanto, en las soluciones aplicadas a sus consecuencias nocivas, envolverían en inextricables confusiones esta parte de la patología social, achaque muy

común en las disquisiciones sociológicas habituales. Dichos problemas, en su orden natural, son los siguientes:

- 1.º Origen y fundamento.
- 2.º Su naturaleza y gracia.
- 3.º Su forma y contenido.
- 4.º Su función y carácter positivo.
- 5.º Su aspiración y fin real.

Todo ello referido al verdadero capitalismo, cuyo concepto ha de ser previamente fijado, sin lo cual todo lo demás será baldío. Este ensayo, por limitaciones de espacio y de fuerzas, se limitará a la fijación de este concepto.

III

Concepto.

5. ¿Qué es, en sentir común, el capitalismo? Genéricamente entendemos por esta palabra «un *determinado* régimen económico-social en que el capital predomina sobre el trabajo y demás factores de la producción de riqueza».

La perfecta inteligencia de esta definición genérica, donde se hallan comprendidas potencialmente todas las especies posibles de capitalismo, o sea todos los capitalismos especiales, entre ellos el verdadero, requiere algunas explicaciones, que permitan disipar todas las nieblas y fijar su alcance y sentido, previa la determinación de los que corresponden a los términos principales que la integran.

1.º *Un régimen económico-social.*—Esto es: un modo de regirse o gobernarse la Sociedad en lo económico y, consecuentemente, en todo cuanto a la Sociedad concierne. Los dos adjetivos son necesarios para abarcar la entidad de que se trata. No es únicamente un sistema de relaciones en lo económico, cuya acción termine donde lo económico acabe, mentalmente delimitado, es decir, recluso teóricamente en lo denominado tal. Esta delimitación, posible en lo abstracto, es imposible en realidad. El orden económico trasciende a lo social, inevitable e inmediatamente, sin que entre uno y otro pueda abrirse solución de

continuidad. Porque lo económico no es cosa diferente de lo social. Es el mismo orden social, del cual forma parte: la parte sustantiva y fundamental. Es el sustrato del orden jurídico y del político, que sobre aquél se apoyan. El orden económico está unido indisolublemente al social como la parte al todo. Y por ser lo sustantivo y fundamental, o sea el cimiento, el orden económico repercute en el social, condicionándolo, hasta las últimas manifestaciones de éste, con la misma eficacia con que el desorden económico repercute y se transforma en desorden social. El primero engendra al segundo necesariamente, con aquella necesidad lógica que es ley interna, e indefectible, impuesta por la naturaleza de las cosas. El lenguaje en sus modos comunes refleja esta relación necesaria, esta ley natural, uniendo invariablemente ambas palabras, y diciendo «económico-social»; cuando la segunda es omitida va incluida en el pensamiento.

Así entendido, el régimen capitalista no es sólo un modo de gobernarse en lo económico, sino también en lo social. Aquello, en primer término, lógicamente; pero en realidad no es sólo gobierno de lo económico, aislado, sino un modo de gobierno, un sistema de relaciones en todo lo social. De aquí su omnímoda transcendencia.

Este régimen económico-social está determinado por su origen y fundamento y caracterizado por el predominio del Capital sobre el Trabajo, factor esencial de la producción de servicios y riqueza, en principio la material, cuya existencia es indispensable para que sea posible la existencia de las demás especies de riqueza. Sobre el Trabajo y sobre cuanto de éste se sigue, naturalmente. Este predominio le imprime carácter y lo distigue de todo otro régimen económico-social. Mas para entender bien esta definición es igualmente necesario fijar los conceptos de las tres palabras principales: Capital, Trabajo y Predominio, a fin de evitar confusiones y errores que oscurezcan la inteligencia y tuerzan el sentido verdadero de la palabra «Capitalismo».

A) *Capital.*

La palabra predominante en esta definición genérica del capitalismo es, naturalmente, Capital. Palabra capital en todos sentidos. Es el sujeto de la relación con el Trabajo y cuanto le sigue; la cabeza del régimen en que el Trabajo son las manos y los pies.

Pero ¿qué significa esta palabra aquí? ¿Cuál es el contenido de esa cabeza?

Capital no significa aquí lo mismo que en la Ciencia de la Economía Política. En ésta distinguimos tres factores de la producción: tierra, trabajo y capital. Este es su orden natural: el de su aparición en el mundo real. El Capital es, pues, cosa distinta de la tierra y del trabajo, y posterior a ellos. Tierra y Trabajo son los factores esenciales de la producción de riqueza. El Capital no es factor esencial, pero lo es realmente, porque en realidad no se produce riqueza sin la concurrencia de algún capital; en el orden lógico es un factor subordinado a los esenciales, ya que de ellos proviene.

La riqueza es producto, en principio, del trabajo sobre la tierra, y consiste en una parte de ésta, es decir, en una sustancia material, modificada por el trabajo humano para satisfacer los deseos de los hombres en general, no de este o aquel hombre en particular; los deseos comunes, los que llamamos *nuestros* deseos. Una parte de esta riqueza, separada del resto para auxiliar al trabajo en su tarea de producir ulterior riqueza, recibe científicamente el nombre de «capital». Así entendido, el verdadero significado de la palabra «capital» es «riqueza empleada en facilitar al trabajo la producción de más riqueza». O bien «riqueza durante el curso de su transformación en nueva riqueza»; o como otros dicen, «riqueza usada con fines reproductivos». Todo es lo mismo.

Pero en la definición genérica o común del capitalismo, el significado de la palabra «capital» no es el científico o verdadero, sino el genérico o común, más amplio que el rigurosamente científico, que resulta incluido en aquél y desbordado por una abusiva dilatación de su significado, primero de los abusos,

imputables al capitalismo. En éste, «capital» es «todo aquello que puede dar a su dueño una renta (también en el significado común, no el científico, de la palabra renta) sin trabajo por su parte», es decir, no ganada como Dios manda, trabajando; una renta no ganada conforme a la ley divina (comerás el pan con el sudor de tu frente) y a la natural, la cual ordena que los hombres nada puedan adquirir o ganar sino mediante su trabajo; una renta injustamente apropiada por su perceptor, puesto que el Trabajo es, conforme a lo ordenado por la Naturaleza, el único modo legítimo de adquirir la propiedad de las cosas en su orden natural (trabajo de *hacer* las cosas, de *ocupar* las cosas y de *servirse* de ellas, en bien común); renta o riqueza que, por tanto, es arrebatada por quien no la ha ganado a su legítimo dueño, puesto que, cómo no cae del cielo, ha de ser fruto del trabajo de alguien, primer dueño; a quien indebidamente se le sustrae, se le roba, acaso conforme a las leyes positivas, pero no a las leyes naturales y morales; o sea, contra toda justicia, que da a cada cual el producto íntegro de su trabajo, ni menos ni más, que es lo justo. Y éste es el segundo abuso, abuso real, el principal, aunque no sea el primero, que comete el Capitalismo, según después se dirá.

Este significado vulgar es el mismo que le dió la antigüedad pagana para incluir en el capital de una persona a sus esclavos. Un significado inadmisibile en la civilización cristiana, por incompatibilidad de la esclavitud con los principios morales evangélicos; esclavitud que el capitalismo resucita en otra forma, con lo cual queda atestiguada la radical incompatibilidad entre el capitalismo y el cristianismo, así como la identidad fundamental de aquél con el paganismo (1).

(1) Los socialistas, aunque hacen al capital blanco principal de sus ataques, ignoran el verdadero significado de aquella palabra. Y en toda su literatura no hay una tentativa seria de esclarecerlo. Quienes más concretamente lo definen le atribuyen el significado común, o vulgar, que arriba consignamos. Véanse algunas declaraciones:

«El capital no es una cosa sino una relación entre personas por la instrumentalidad de las cosas». Karl Marx, *Das Kapital*, vol. I pág. 791 (Ed. de F. Engels, 1901).—«Capital significa los medios de producción monopolizados por una parte de la Sociedad». Idem, III, 948.—«Por capital se entiende toda propiedad

6. ¿Cuáles cosas pueden dar a sus dueños una renta (ingreso o ganancia) sin trabajo por su parte? Sólo una: la propiedad exclusiva de los medios de trabajo, que son, al mismo tiempo, medios de producción; los medios que el Trabajo necesita, comúnmente, para producir riqueza. Propiedad exclusiva en todos los sentidos de la exclusividad. Exclusiva por ser la única que pueda dar a su dueño una renta no ganada; exclusiva por ser únicamente de sus dueños o poseedores del llamado capital; exclusiva por excluir de ella a todos los demás. Necesariamente, pues, los propietarios de esos medios constituyen sólo un sector social.

Al decir medios, sin especificarlos, claro está que nos referimos a los comunes, o sea a los necesarios a todos, comúnmente, para trabajar y producir riqueza. Estos medios, en sentir común, esto es, a juicio de la generalidad, son tres: tierra, verdadero capital y dinero. La propiedad exclusiva de estos tres medios es lo que, dentro del sistema capitalista, se denomina «capital». Lo cual constituye genéricamente un todo orgánico, en que el léxico capitalista distingue tres especies o formas: a) el real, la tierra; b) el verdadero, el instrumental, que comprende desde las primeras materias hasta los edificios, herramientas, máquinas, etc., auxiliares del trabajo, y c) el efectivo, o sea el dinero.

La tierra no es verdadero capital, aunque en el lenguaje vulgar—y aun en el de muchos economistas, vencidos por la saturación capitalista—se los confunda. Esta confusión es viciosa. Tierra es todo lo que la Naturaleza pone a disposición del hombre para que éste pueda trabajar y producir riqueza. La tierra nos es, pues, dada. El verdadero capital es, como diji-

que rinde interés, renta, ingreso o beneficio». Paul Lafargue, *La Propriété*, pág. 303.—«Significamos por capital aquella parte de la riqueza que proporciona renta a su poseedor sin trabajar». Lorenzo Groulund, *The cooperative Commonwealth*, págs. 29 y 30.

V. Max Hirschs, *Democracy versus Socialism*, part. 2.^a, cap. III, Origen y naturaleza del capital. (Londres, 1901. Hay traducción española. Ed. Reus. Madrid, 1930). Y también Frederick Verinder, *Land and Freedom*, cap. IV, Landlord and Capitalist (London, 1935).

mos, parte de la riqueza producida por el trabajo del hombre sobre la tierra aplicado a un fin concreto. El capital no nos es dado ; tenemos que adquirirlo nosotros ; hay que ganárselo. La tierra es la madre de toda riqueza, en sentido económico, como el trabajo su padre. El capital es hijo de la riqueza. Tierra y capital son términos bien distintos que, en nuestra sociedad capitalista, hay tendencia a confundir, incluso por aquellos mismos que, al enumerar los factores de la producción, los designan con vocablos diferentes.

Ni tampoco es, realmente, capital el dinero. El dinero es, solamente, una representación de la riqueza. Lo importante no es el representante, sino lo representado. Y puede ser o no capital según el empleo que se le dé. Si se cambia por riqueza efectiva, material, para aplicarla a producir más riqueza, el dinero así empleado es capital, aunque no directamente, sino por representación ; si se aplica a pagar servicios consagrados a producir riqueza, es también capital ; si se emplea en artículos de consumo, no es capital. En ningún caso es un medio natural de trabajo ; lo es artificial ; es una creación humana, un medio secundario respecto de los otros dos.

Pero el capitalismo todo lo reduce a dinero. Para él, el verdadero capital es el efectivo. Lo efectivo es siempre lo práctico, lo real de verdad, lo positivo. De ahí que prescinda en sus cálculos de los otros dos factores, tierra y verdadero capital, y sume su valor en términos de dinero. Este es el dios a quien adora y rinde culto la Sociedad capitalista ; el que preside los destinos del capitalismo ; lo cual engendra nuevas confusiones y errores que, entretejidos, forman la maraña en que, aprisionada, perece la clara percepción del funcionamiento social. La creencia, en que el capitalismo reposa, de que el dinero es lo fundamental, es errónea. Cree aquel que quien tiene dinero tiene también tierra y verdadero capital ; pero se equivoca. Si un sector social posee el monopolio de la tierra y otro el del dinero, éste no podría vivir en la tierra sin el permiso o tolerancia de aquél. Quien posee la tierra es quien al cabo, lógicamente, posee el verdadero capital y el dinero.

La tierra es el único medio común realmente. El único necesario a todos, en todo y para todo. El único cuya existencia no hay posibilidad de suprimir, porque sin él no es posible trabajar ni vivir aquí. Se puede trabajar y producir riqueza sin verdadero capital; y de hecho, necesariamente ha ocurrido así antes de que el verdadero capital existiera, puesto que éste es parte de la riqueza ya producida. Puede haber trabajo y producción sin dinero, y los hubo; Robinson en su isla no necesitó dinero para trabajar y producir cuanto pudo y supo, ya mientras estuvo solitario, ya mientras formó sociedad con Viernes. Pero sin tierra es imposible trabajar y vivir a ningún hombre. La tierra es el factor o medio fundamental para todo lo humano; el más importante de todos los medios. Por donde se colige que el llamado «problema de la tierra» es también el más importante problema de la vida social, el fundamental, y que cuantos estudios se realicen sobre la fisiología, la patología o la terapéutica sociales, prescindiendo de aquel problema carecen en sí mismos de importancia por falta de fundamento; son como castillos en el aire, obra de fantasía, que, al menor soplo de la realidad, se vienen a... tierra.

La tierra es, además, el único factor capaz de dar renta a su dueño de modo natural; una renta *no ganada* por el dueño de aquélla. Porque renta es la parte del producto que corresponde al concurso de la tierra en la obra conjunta de los tres factores de la producción; como salario es la parte que corresponde al trabajo, e interés la del verdadero capital. Esta parte del producto, llamada propiamente, o sea científicamente, «renta», proviene de la superioridad de condiciones u oportunidades productrices que una determinada tierra apropiada ofrece al trabajo y al verdadero capital para producir riqueza en comparación con la mejor tierra libre—que es la marginal—o común sobre la que aquéllos pueden emplearse sin pagar a nadie por el permiso de hacerlo. La existencia de la renta es un hecho natural, y por tanto, necesario, indestructible. Lo no natural es que la perciba el propietario individual de la tierra. Porque éste nada ha hecho para darle a aquella tierra las ventajas na-

turales de que nace la renta ; se las dan la existencia y vida de la comunidad, a quien la renta pertenece conforme a justicia. La apropiación de la renta por el dueño de la tierra no es cosa ordenada por la ley natural, sino por las leyes positivas, que conceden a aquel el *privilegio* de recoger lo que no ha sembrado, de apropiarse lo que es fruto del trabajo de los demás.

El verdadero capital y el dinero sólo son medios comunes en la medida en que, por su origen, pertenecen a la comunidad. Y no pueden dar a sus dueños renta de modo natural. Lo que les dan, naturalmente, es interés, ganancia legítima—aunque lo nieguen los socialistas, fundados en el aforismo «el dinero no pare dinero», y olvidados de que el dinero no pare, pero las ovejas en que el dinero puede emplearse, sí pare, y el árbol que con aquél puede comprarse o plantarse, dará su fruto, que es el interés—, porque al principio de la adquisición del capital o el dinero—el adquirido de modo natural—está el trabajo del dueño actual o pretérito, trabajo que, por ser el único modo legítimo de adquirir en el orden natural, confiere al primero y sucesivos dueños su legitimidad.

Renta no ganada sólo pueden darla en el caso de monopolio, virtual o efectivo, y entonces su renta no es la natural, sino de monopolio. Pero el monopolio del verdadero capital o del dinero tampoco es natural ; es artificial ; es hijo de las leyes positivas, que lo autorizan o lo facilitan, o sea del derecho humano, y del monopolio de la tierra, sin el que aquel no se podría sustentar. Sin monopolio de la tierra no puede haber monopolio del capital y del dinero ; porque el trabajo sobre la tierra libre lo rompería, creando nuevamente dinero y capital. Son, pues, monopolios derivados, secundarios, sólo posibles cuando el monopolio de la tierra accesible al trabajo se ha consumado. Es, pues, innecesario ocuparse de ellos aquí, donde sólo necesitamos discurrir sobre lo principal, no sobre lo accesorio, para fijar el concepto del verdadero capitalismo.

7. Conviene advertir, para evitar otras confusiones y errores, que la palabra «capital», además de su significado genérico, tiene naturalmente cinco sentidos especiales distintos, que le damos en el curso de los razonamientos sobre el capitalis-

mo. E importa distinguirlos para no extraviarse y saber en cada caso el sentido en que se emplea. Muchas veces las palabras precedentes y consiguientes sirven para determinar ese sentido. Pero en otras queda indeterminado, y puede perder el que le corresponde o ser interpretada en uno distinto del debido. Estas pérdidas de sentido son fuente inagotable de nuevos extravíos mentales. Fijemos, pues, los cinco sentidos de la palabra «capital», a fin de retenerlos en la mente y no confundirlos. En su orden natural son :

1.º El esencial. La posibilidad de capitalizar los medios, o sea de obtener de ellos una renta no ganada, y principalmente de la tierra ; lo cual constituye un privilegio otorgado a sus dueños.

2.º El real. La fuerza necesaria para llevar a efecto esta capitalización ; fuerza consistente en la exclusividad de su propiedad, la cual proviene del monopolio.

3.º El verdadero. Los medios mismos monopolizados ; conjunto orgánico y, como tal, compuesto, según dijimos, de tres especies de capitales : el real, la tierra ; el verdadero, el instrumental, y el efectivo, el dinero ; los tres íntimamente asociados y solidariamente unidos.

4.º El efectivo. Los frutos, provechos o ganancias posibles del capital monopolizado, en los cuales pensamos, más que en el privilegio y en el monopolio, cada vez que en el régimen capitalista decimos «nuestro capital», puesto que aquellos tampoco lo serían si fueran incapaces de darnos estos frutos.

5.º El moral. Las personas de los capitalistas mismos, o sean los partícipes, en mayor o menor medida, de la propiedad exclusiva de los medios de trabajo y producción, en cuanto tales propietarios. Sin perjuicio de que, en otro aspecto, puedan ser, además de capitalistas, otra cosa, v. gr., trabajadores, cosas, teóricamente, incompatibles, pero que pueden darse conjuntamente en una sola persona concreta. Los capitalistas a que se refiere el significado moral de la palabra Capital son los puros, abstractamente considerados, abstracción que la mente realiza al prescindir de las otras calidades posibles en ellos.

Todo esto forma, en su conjunto, lo que designamos al ha-

blar del «mundo del Capital», en oposición al «mundo del Trabajo».

B) *El Trabajo.*

8. El Trabajo es el elemento activo de la producción ; el iniciador. Por Trabajo entendemos todo esfuerzo humano encaminado a la producción de riqueza o servicios, en primer término riqueza material por ser la fundamental, y medio necesario para la obtención de todas las demás especies de riqueza, especialmente de las verdaderas riquezas del hombre, que son la robustez del cuerpo, la cultura del espíritu, y la virtud de la voluntad.

Esfuerzo realizado por cualquiera persona, y sin distinguir entre las especies de Trabajo, en cuanto todas coincidan en el fin perseguido. Comprende, pues, el trabajo manual, como el intelectual y el moral, o sea el del músculo, el del intelecto y el de la voluntad, del obrero, del técnico y del «responsable»: distinción de especies que hacemos mentalmente ; pero que no se da en la práctica, toda vez que, por la forma orgánica con que se realiza, las tres especies concurren en todo trabajo, aunque no en la misma proporción, lo cual nos permite clasificarlos. Es trabajo el que realiza el patrono, el operario y el empresario ; el de todos los auxiliares, el peón, el escribiente, el dibujante, el director del negocio ; el de todos cuantos realizan un esfuerzo, racionalmente, o sea ordenado al bien común, o, en otras palabras, al bienestar general. Que es lo racional : porque lo racional es lo verdaderamente humano.

El Trabajo es el sujeto pasivo de la definición genérica del capitalismo. Y el único factor de la producción sobre el cual puede ejercer su predominio el Capital, puesto que el factor «tierra» está absorbido por éste, al dilatar su significado, y es su base de sustentación, ya que sin propiedad exclusiva de la tierra no podría existir la del verdadero capital—no sería exclusiva—ni la del dinero.

9. La palabra «Trabajo» es también utilizada en sus cinco sentidos naturales, según lo que nos proponemos designar con ella al discurrir sobre el capitalismo ; y de la inadvertencia en

este empleo resulta muchas veces que, sustituyendo su significado en el curso de un razonamiento, caemos también en errores y confusiones perniciosas. Conviene tenerlos distinguidos, para evitar ese riesgo. Dichos cinco sentidos corresponden naturalmente a los cinco del Capital, con absoluta precisión. Enumerados en su orden natural son los siguientes :

1.º El esencial es la posibilidad de trabajar. Para realizar el trabajo, lo primero es que haya posibilidad de hacerlo ; tener oportunidad para ello. Este sentido le damos al decir que «no hay trabajo para todos», o que «hay falta o sobra de trabajo», significando falta o sobra de oportunidad para emplearse.

2.º El real es la fuerza o potencia residente en el hombre normal que le capacita para trabajar, o sea para aprovechar la oportunidad de emplearse, cuando ésta existe. En este sentido hablamos de «trabajo ocioso o despilfarrado», y también del trabajo como factor de la producción.

3.º El verdadero sentido es el acto de trabajar, o sea la realización de aquella potencia, en su forma orgánica. Este sentido es el asignado al hablar de «las molestias o fatigas del trabajo», «del cansancio consecuencia del trabajo», o de «los resultados y productos del trabajo» ; y también al decir que un hombre está «en su trabajo», lo cual equivale a decir que «está trabajando» o sea realizando el acto de trabajar.

4.º El sentido efectivo, positivo, práctico, es el que utilizamos para designar los frutos o productos del trabajo, o sea del esfuerzo realizado. Así ocurre «en la mayoría o en todos los casos en que hablamos de comprar o vender o cambiar trabajo, cuando la verdadera cosa comprada, vendida o cambiada es el resultado del trabajo, o sea riqueza o servicios». Es indudable que los hombres no pueden comprar ni vender a otro su capacidad de trabajo, porque ésta es inherente a cada cual y por tanto personalísima e intransferible. Ni tampoco el acto de trabajar, porque nadie pretende adquirir la fatiga y cansancio que el acto de trabajar acarrea ; al contrario, lo que normalmente desean todos, lo que se proponen al comprar el trabajo de otro es el evitárselo si se ven ante la necesidad de hacerlo. Lo que se quiere adquirir son los frutos posibles de ese trabajo realiza-

do por otro ; estos frutos son lo comprado realmente, y esto lo que tenemos en la mente al emplear aquella frase como motivo determinante de nuestra acción ; hasta el punto de que si el trabajo que se dice «comprado» no rinde a su comprador los frutos que normalmente debiera rendir aquel se siente defraudado. Y lo mismo el que vende trabajo : lo que vende es el producto del trabajo no el trabajo mismo que él realiza y sufre ; de modo que si de alguna manera escamotea esos frutos, o, por su culpa, éstos no llegan, defrauda al comprador y falsea dolosamente lo convenido.

5.º Y, por último, el sentido moral de la palabra «trabajo» es el de las personas de los trabajadores mismos, o sea aquellas personas que pueden trabajar por ser capaces de ello, y verdaderamente trabajan o están dispuestas a hacerlo, siempre en servicio social, y principalmente en la producción de riqueza. De un modo abstracto, o sea prescindiendo de cualesquiera otras calidades de dichas personas, incluso de la condición de capitalistas que, como vimos, pudiera darse simultáneamente con la de trabajador en una persona concreta. Capitalista y trabajador, no son entes físicos en el orden teórico o científico en que discurremos, sino categorías económicas abstractas.

Todo eso constituye ideológicamente el «mundo del Trabajo» (1).

C) *El predominio.*

10. Hemos fijado ya el significado del primero y del último de los términos de la definición del capitalismo. Primero, el Capital ; porque en el orden capitalista—anormal, patológico—siempre marcha en cabeza el Capital ; lo encabeza todo. Último el Trabajo, que en este orden es siempre el postrero ; aunque en el orden natural, el último sea el primero, el que toma la iniciativa, el padre de toda producción, al que están subordinados los otros dos, la tierra, factor pasivo, y el capital, simple auxiliar. Este orden natural, está perturbado y subvertido en el capitalismo.

(1) Véase *La Ciencia de la Economía Política*, por Henry George, lib. 2.º, capítulo XII.

Capital y Trabajo son términos opuestos, desde *ab initio*; están frente a frente, aunque no en el mismo plano; uno arriba y otro abajo; situación invariable mientras subsista el capitalismo. Porque la propiedad de los medios de trabajo sin trabajo, y la posesión de la potencia de trabajo sin los medios se contraponen respecto de la apropiación de los productos de la función del trabajo con los medios. De ahí sus permanentes conflictos.

Entre ambos términos existe un nexo, inexcusable para que puedan funcionar juntos; este nexo es un término de relación: «el predominio». El análisis del predominio y de su naturaleza reviste la mayor importancia. De sus entrañas hemos de extraer los datos necesarios para determinar el concepto del verdadero capitalismo, que no es el capitalismo genérico sino una de sus especies, aquella a que verdaderamente nos referimos, teóricamente, es decir, científicamente, al pretender enjuiciarlo.

Predominar es «prevalecer, preponderar, exceder en mucho en altura una cosa respecto de otra» (Diccionario de la Lengua esp.) Y predominio es la acción y efecto de predominar una cosa sobre otra; es la relación que las une en las condiciones fijadas por el verbo; o sea «imperio, poder, superioridad, influjo o fuerza dominante que se tiene sobre una persona o cosa», como también dice el Diccionario. Implica, pues, las ideas de preeminencia, preponderancia y, en definitiva, prevalencia o prevalimiento. Es una relación de superior a inferior, que arguye superioridad del Capital e inferioridad del Trabajo, por cuya virtud aquél señorea a éste, y, finalmente, lo sujeta al dominio de su voluntad; esto es: «hace de él lo que quiere». El Capital predomina sobre el Trabajo como la cabeza del hombre—tipo y medida de todas las cosas a nuestro ver—predomina sobre sus pies y sus manos. Relación antinatural, porque siendo en la Sociedad el hombre y su trabajo lo primero y principal, respectivamente, esto debiera predominar sobre el Capital, instrumento forjado por los hombres para ponerlo a su servicio.

Pero este predominio puede obedecer a distintas causas y manifestarse de distintos modos y maneras. Lo cual dará ori-

gen a diversas especies de capitalismo, comprendidas todas dentro del género al comienzo definido, pero con características especiales. Esta variedad de capitalismos explica la variedad de opiniones formuladas y la diversidad de juicios recaídos; todos pueden decir una parte de verdad, según la especie de capitalismo a que se refieran, o el aspecto del mismo que consideren; es decir, según el sentido que a la palabra genérica «capitalismo» le den.

Estos sentidos son también cinco—cinco es siempre lo natural—y por tanto cinco distintos los capitalismos parciales a que, en cada caso, podemos referirnos, de los cuales, sólo uno es el verdadero. Hay que *distribuir* el vocablo como dicen los lógicos, para señalar con fijeza el verdadero sentido. Son:

1.º El esencial, aquel en que el Capital predomina sobre el Trabajo *sólo* por su volumen; único aspecto contemplado. Esto es: un régimen caracterizado exclusivamente por la excesiva abundancia de los medios de trabajo y producción—tierra, capital instrumental y dinero—. Y, por tanto, de riqueza. La excesiva abundancia es esencial para la existencia del verdadero capitalismo.

Este capitalismo es el bueno; todo lo suyo se toma en el buen sentido. Un Capital henchido de bienes; los cuales por su propia naturaleza son incapaces de producir males. La abundancia de medios, sin embargo, no da a sus propietarios por sí sola, fuerza suficiente para avasallar opresivamente al Trabajo; antes al contrario, mientras más voluminoso sea el Capital más necesario le será el Trabajo que lo fecunde. El predominio, en este caso, es legítimo.

El gran volumen puede ser excesivo; y ningún exceso es bueno. La Naturaleza no aprueba sino lo justo. Pero tampoco es malo. A lo sumo inútil momentáneamente; y fácilmente corregible. Cuando aumente el Trabajo encontrará predispuestos los medios para emplearse. El gran volumen le da la *preeminencia*.

Este es el único aspecto del capitalismo que toman en cuenta sus defensores a ultranza. Miran el volumen de los medios, el exceso de riqueza, y cierran los ojos a los demás aspectos.

Contemplan la brillante superficie y se extasían ; pero prescinden de lo que esta brillante superficie oculta. Perciben las apariencias, pero ignoran la realidad. Así, lo enjuician parcialmente ; aprecian sólo una parte ; dicen parte de la verdad ; pero omiten la otra ; señalan la vertiente que les parece bien ; pero ignoran la otra vertiente, que no les conviene.

A este capitalismo esencial, nadie lo combate ; nadie niega sus bienes ; nadie repugna ni menos condena la abundancia de medios, ni aun siendo excesiva. Pero ese capitalismo, idílico, angélico, puro, tiene un inconveniente : no existe ni puede existir en ninguna parte. Es puramente teórico. Ese es sólo el anverso ; pero todo anverso implica un reverso. Y también por este lado hay que contemplarlo, para ser justos.

2.º El real es el anverso ; es su lado malo. Visto el capitalismo por esta cara presenta otro aspecto. Es la que mira hacia el Trabajo, y la que éste contempla. A la preeminencia que el Capital adquiere por su volumen, se une la *preponderancia* que le da su peso. No sólo descuella, sino que abrumba. Si el volumen es excesivo, el peso también. El Capital sólo percibe el volumen. El Trabajo sufre el peso. El Capital no es ingrátido ; gravita sobre el Trabajo, con peso excesivo ; y éste lo ha de soportar.

Los grandes servicios que el Capital ha prestado y presta a la Civilización son imposibles sin el concurso del Trabajo. Ambos concurren a la producción. Pero aquél está arriba ; éste abajo. De esa Civilización, el Capital—los capitalistas—reciben placeres, deleites y goces ; el Trabajo—los trabajadores—dolores, amarguras y penas. ¿No se descubre bajo la superficial apariencia, otra especie de capitalismo ? ¿Puede prescindirse del padecer de las masas trabajadoras, de la degradación física, intelectual y moral a que la pesadumbre ingente del Capital las condena ? ¿Quién que no quiera ser injusto puede negar sus ojos a todos los terribles males que constituyen el subsuelo del capitalismo, la realidad yacente bajo aquellas luminosas apariencias ? Fijando la mirada en estas realidades ¿quién encontrará injustificadas las más acerbas condenaciones ?

3.º El verdadero es aquel en que, para ser justos, se toma

en cuenta el anverso y el reverso; el volumen excesivo y el peso. Para ello hay que elevarse sobre los puntos de vista parciales, y situarse en el verdadero punto de vista, aquel en que se contemplan juntamente las dos caras, apariencia y realidad; este es el punto de vista científico; el que puede descubrirnos el verdadero capitalismo.

Vemos en él que el Capital predomina sobre el Trabajo, a la vez por su volumen excesivo y por su peso que, naturalmente, ha de ser excesivo también, como lo es el volumen. Esto es: un capitalismo en que ambos aspectos, el bueno y el malo, son tomados en cuenta. Pudiera creerse que, al mezclarlos lo bueno templea lo malo. Paradójicamente, no ocurre así. La combinación de lo bueno y lo malo resulta peor. Mientras más volumen más peso. Y este peso no se distribuye por igual entre todos, como tampoco el volumen. Todo lo bueno es para el Capital; todo lo malo, para el Trabajo.

Así, el predominio de aquél resulta doblemente excesivo para éste. Y como todo exceso es un abuso, ese predominio es doblemente abusivo en cuanto al Trabajo concierne. Es el Trabajo el que todo lo soporta. El peso sería menor si el Capital fuese incipiente, si no se hubiera desarrollado. Aunque, en definitiva, los males que el Capital arroja sobre el Trabajo, se comunican en otras formas a toda la Sociedad, ya que, al fin, siempre impera la solidaridad.

4.º El efectivo es una cuarta especie: la que se da en la práctica; el capitalismo que existe en cada país en un momento dado; el que hoy vemos, con diversidad de grados, en donde quiera se ha extendido la civilización propiamente europea.

¿Es bueno? ¿Es malo? Es regular. Tiene de todo. Debe ser juzgado según la extensión de estos abusos, y según el tramo de su evolución en cada país. Pero el capitalismo existente en la práctica no es el verdadero capitalismo, que es el que nos interesa desde el punto de vista científico. Este nos servirá para conocer el grado de maldad del existente, y para prever el proceso que indefectiblemente habrá de seguir el práctico, conforme a la lógica; para entenderlo y, si queremos, rectificarlo.